Génesis 9

Versos 6-17

Un pacto *único*

Sublime Gracia

En el ser humano hay una distorsión porque intenta hacer el bien basándose únicamente en su propia moral. Detrás de esto suele ocultarse el miedo a que saquen a la luz alguna conducta que deba ser transformada conductas y **que se cree correcta, pero que en realidad no lo son.**

Al confrontarnos con las Escrituras, debemos comprender que el Señor me habla directamente a mí, ya que el proceso es sumamente edificante: nos libera, nos lleva a un clamor genuino y se hace visible el **Shema'** en nuestra vida, permitiendo que la Palabra desarraigue todo aquello que ni siquiera sabíamos que teníamos, pero que Él sí conoce. **Es en ese preciso momento cuando comenzamos a caminar en verdadera unidad con el Señor como con nuestro hermano.**

A esto se refiere precisamente el apóstol Pablo cuando escribe en **2 Timoteo 1:8-9:**

"Por tanto, no te avergüences del testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo; antes sé participante de los trabajos del Evangelio según la virtud de Dios; Que nos salvó y llamó con vocación santa, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo, y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos".

Al hablar de los trabajos u aflicciones del Evangelio, debemos entender que el Evangelio es Cristo mismo, y Cristo es la Promesa hecha carne (VIDA). El Evangelio no consiste en hablar simplemente de lo que parece bueno, sino de proclamar a Cristo, quien es la fuente de todo bien. Hemos sido llamados a vivir en santidad y mantenernos firmes en ese llamamiento, el cual **no depende de nuestras propias obras o méritos, sino de la fidelidad de Dios expresada en la Promesa hecha vida a través de su Hijo.**

Por otro lado, al examinar **Génesis 9:1-5,** vemos cómo Dios establece lineamientos claros para su pueblo, hablándonos sobre el miedo, el enseñoreamiento sobre la creación y lo que habrá de acontecer.

Nos confronta con la manera en que podemos restituir al hermano, reconociendo con humildad que no poseemos nada por nosotros mismos y que todo le pertenece a Él. **Solo desde esa perspectiva podemos dar de lo que ya hemos recibido para acompañar al otro;** pero esta actitud es imposible de sostener si no comprendemos primero la profundidad del Pacto.

Para entender este compromiso debemos preguntarnos: **¿a qué se refiere realmente la sangre derramada en las Escrituras? ¿Es la Sangre misma de Cristo el fundamento divino que sostiene nuestro llamado, nuestra redención y la vida en comunidad?**

Comprender el pacto del Señor implica reconocerlo como una herencia divina que establece lineamientos para cumplir. Aunque comúnmente un testamento se hereda a los hijos de sangre, también puede extenderse a un extraño que cumpla con la voluntad determinada por el testador. Entrar en este pacto nos hace partícipes de esa herencia, otorgándonos no solo una identidad de pertenencia, sino también una serie de responsabilidades que asumimos al formar parte de Él; **todo ello sostenido en la absoluta fidelidad del Rey.**

Cuando el hombre alcanza la madurez espiritual, logra dimensionar que este pacto es de naturaleza sobrenatural. Por lo tanto, su cumplimiento exige un acto igualmente sobrenatural que jamás podríamos alcanzar por nuestros propios medios, siendo posible únicamente cuando nos permitimos morir a la carne. En esencia, **el pacto es Yeshúa' (Jesús),** quien es el único capaz de capacitarnos para cumplir su plan. Es un solo pacto, y quien lo experimenta es aquel que ha entrado en la verdadera consolación.

Para un creyente, el pacto representa la consolación de Israel; olvidarse de él equivale a descuidar el consuelo divino y desconectarse del propósito del llamamiento santo.

El Pacto es Cristo mismo, quien con su muerte potencializó la vigencia del pacto y, al morir una sola vez y para siempre, lo constituyó como un **Pacto Eterno.** Este pacto lo viven los injertados los hijos, por lo que para recibirlo es indispensable morir a la carne.

En su segunda venida, el Señor vendrá por los de su trono con su fuego para recoger a los adoradores en **Espíritu y en Verdad.**

En su primera venida, Él preparó a aquellos a quienes habrá de recoger en su retorno. Antes de su llegada, Dios levantaba varones como **David, Jeremías o Ezequiel.** Sin embargo, en la tierra permanecía la acusación porque no existía el poder para doblegar la carne. Con la venida de Cristo, esto se hizo posible, permitiendo que seamos gobernados plenamente desde la cabeza hasta los pies, teniendo en Él a nuestro abogado defensor en caso de transgredir por hierro.

Antes de su venida existía una constante lucha que derivó incluso en un sacerdocio corrupto, pero hoy, debido a que Él entregó la carne, vencer es una realidad posible, y por esa misma razón, la demanda sobre nosotros es mayor.